

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

600

25
cts

ZUZY VERNON

PIERRE BATCHEFF

EL REBELDE



MILLAR. Adelqui

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**

Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

Año XI

BARCELONA

N.º 600

LE Rebelle, 1931

*** EL REBELDE**

Emocionante asunto, interpretado por
Suzy Vernon, Pierre Batcheff, etc.

y Thomz Bourdelle

basado en la Nov. "A. Tabornak" (de
General) de Lajos Zilahy

Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

MARIAN LESSING

* Es la versión Francesa - L. V. Alemanes
"Die Nacht der Entscheidung" de Dimitri
BUCHOWETZKI
y la de USA - "Virtuous Sin" de Senje CUKOR

Prohibida la
reproducción

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

EL REBELDE

Argumento de la película

I

En la espaciosa sala del modesto hotel se estaba celebrando una fiesta en honor del teniente Sabline, temporalmente apartado del ejército para estudiar la carrera de químico.

Por aquellos días había obtenido el título de doctor después de pasmar al tribunal con sus ejercicios, los más brillantes que se habían realizado en mucho tiempo en aquella Universidad.

Los periódicos se habían ocupado de aquel triunfo añadiendo detalles sobre los importantes trabajos que venía realizando el flamante doctor desde mucho antes de obtener el título.

Entre los reunidos con motivo de aquella fies-

ta, predominaba el elemento estudiantil, de ambos sexos, y algunos auxiliares jóvenes.

Pero entre todos ellos destacaba María, alumna también de la Universidad, y que lucía su espléndida belleza, llena de majestad y ritmo.

Poco se sabía de aquella hermosa muchacha que había aparecido un día en la capital para comenzar sus estudios y a la que no acompañaba nadie. Pudo averiguarse que era huérfana y que tenía algún dinero, pero no mucho, puesto que tanto interés demostraba en asegurar su porvenir con una carrera.

¿Quiénes habían sido los padres de María? Esto no lo sabían ni las más íntimas amigas de la alumna. Pero se suponía y se rumoreaba que procedía de una familia aristocrática y que por sus venas corría sangre azul.

Realmente, aquella majestad de su continente, aquella señorial sencillez de sus modales, eran pruebas evidentes de que María había nacido en un ambiente de distinción.

Sabline era su mejor amigo. Acaso había entre ellos algo más que simple amistad. Vivían en el mismo hotel y el joven doctor había demostrado a María infinitas veces que era su ideal de mujer por todos conceptos.

Ella solía sonreír al escuchar estos halagos, pero tenía buen cuidado de no comprometerse a nada con sus respuestas. Desde luego, si con alguien hubiera tenido que casarse, habría elegido a Sabline, aquel amigo al que debía el consuelo de su único cariño en su vida solita.

ria y sin afectos. Pero de esto a que deseara casarse con él iba un gran trecho. El amor, en un corazón virgen, ha de ser algo más vehementemente y hondo.

Unos números de baile, otros de canto, champaña, conatos de discursos y terminó la fiesta.

María y Sabline se retiraron a sus respectivas habitaciones, las dos en el mismo pasillo del hotel.

Era muy tarde y todo dormía. Sabline tuvo una idea, una tentación: hablar con María, solos, sin testigos, sin el ruido ni la agitación de la fiesta. Tenía que decirle algo muy importante, algo que no era tan perentorio como a Sabline le parecía, pero que él deseaba comunicarle cuanto antes por la ilusión de conocer el resultado.

¿Le sabría mal que fuera a llamar a su puerta a aquellas horas de la noche? No, María le conocía bien y lo único que pudiera inquietarla serían las murmuraciones. Pero eso era fácil de evitar obrando con cautela.

Se dirigió decididamente a la puerta de aquel cuarto que guardaba lo que para él constituía un tesoro y llamó discretamente con los nudillos.

Inmediatamente se oyó la voz de María preguntando quién era.

Sabline pronunció su nombre en voz baja y ella abrió la puerta.

—¿A qué vienes?—preguntó, al mismo tiem-

po que le dejaba el paso franco, llena de confianza.

El esperó a que estuviera cerrada la puerta para contestar:

—A recibir tu felicitación, que es la única que no he recibido.

Ella sonrió incrédulamente:

—Estoy segura de que no vienes a eso. Creo que te he felicitado dos docenas de veces.

—Vamos a suponer que no vengo a eso. ¿Me echarías de tu habitación?

—¿Echarte? Eso nunca, Boris. Jamás darás tú motivo para eso.

—¿Quién sabe!

Ella le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a hablarte de algo muy delicado.

María calló. Sabía muy bien qué era aquello tan delicado que Sabline quería decirle.

Pero ni siquiera dejó entrever que había leído en su pensamiento.

—Tú dirás, Boris.

Boris guardó silencio un instante. Las cosas delicadas siempre cuesta decir las. Por fin exclamó:

—María, tú bien sabes que te amo.

Ella sonrió deliciosamente.

—¿Y para eso te has puesto tan patético?

—No te burles, María.

—¿Burlarme? Bien sabes que no soy capaz de eso y menos tratándose de ti. Pero, la verdad, creí que se trataba de algo más grave.

Animado por el dulce tono de María, continuó Sabline.

—Es que no voy a pedirte sólo que te dejes amar por mí.

—Entonces, Boris, ¿qué vas a pedirme?



—María, tú bien sabes que te amo.

—Que te cases conmigo.

Y añadió antes de que ella pudiera contestar:

—Si anhelaba terminar mis estudios y empezar a ejercer mi carrera, era sólo para eso: para decirte que yo no podré ser feliz con ninguna mujer más que contigo.

Hubo una pausa.

—¿Qué contestas? — inquirió Sabline, alzando la vista.

Y ella, con dulzura, pero con sinceridad, repuso:

—Que no puedo acceder a tus deseos, Boris.

—¡No me amas! — gimió Sabline.

—No digo yo tanto, Boris. El amor es a veces un misterio del que no se da cuenta ni la persona que lo siente. Una cosa voy a decirte, y es que, hoy por hoy, si por alguien en este mundo siento cariño, ese alguien eres tú. Eres un excelente amigo para mí. Tu amistad me ha confortado en la triste soledad de mi vida. Tú me has dado ánimos para avanzar en el camino de la lucha. Incluso me has inculcado parte de tu ciencia y gracias a ti sé mucho más de lo que hubiera sabido de no tener al mejor alumno de la Universidad a mi lado.

El ceño de Sabline no se desplegaba. Aquello sonaba a preámbulo de una negativa tan rotunda, que no le quedarían ganas de insistir.

Y, en efecto, lo que Boris temía, sucedió. Con mucha suavidad le dijo que no estaba dispuesta a casarse con él.

Y entonces, Boris ahogó un gemido, un gemido que ella sintió repercutir en su pecho. Sus hermosas, suaves y blancas manos se dirigieron a aquella cabeza y la acariciaron con ternura maternal.

—No quiero verte llorar, Boris, no puedo verte llorar... Creo que te amo. Y, si no, estoy segura de que llegaré a amarte.

El alzó la cabeza con un gesto lleno de esperanza.

—¿Entonces?...

Y ella repuso:

—Lo que tú quieras.

II

Sabline trabajaba en su laboratorio. Estaba ya casi realizado el gran descubrimiento. Un suero que salvaría muchas vidas. Boris trabajaba con verdadero afán. Tanto era su entusiasmo, que había llegado a rendir a María, su mejor ayudante desde que se casaron.

Acababa de entrar un oficial del ejército, íntimo amigo y compañero de Sabline.

—Acaba de estallar la guerra que se temía. Pero la noticia no conmovió a Boris. El tenía bastante con su invento.

—¡Es lamentable!—se limitó a contestar.

—Te advierto que mañana mismo hemos de partir hacia el frente.

Boris fijó en su amigo una mirada de burla.

—¿“Hemos”? Nada de eso, querido. Tengo mucho que hacer en mi laboratorio.

—Te olvidas de que eres teniente del ejército.

—Soy del cuerpo químico, que no es igual.

—En caso de guerra...

—En todos los casos puedo servir mejor a mi

patria desde el laboratorio que en el campo de combate.

—Sin embargo...

—Estoy dando los últimos toques a un suero que causará verdadera sensación. No puedo abandonar mi invento.

—El bando de Platoff dice...

—No te molestes en explicármelo. Sé que ese príncipe ha asumido la dirección de un importante sector de guerra. No me inspira mucha confianza porque es demasiado joven para desempeñar un cargo de tal importancia. Cuarenta años apenas. Sin embargo, iré a visitarle y estoy seguro de que comprenderá.

El oficial se encogió de hombros.

—Tal vez—se limitó a decir.

Y se despidió de su amigo, con una frialdad que distaba mucho del caluroso saludo de entrada.

* * *

Sabline, vestido de uniforme, se dirigió al palacio del general Platoff.

La antesala estaba llena de gente, pero Boris no se detuvo en ella. Los ayudantes del príncipe tenían orden de no hacer esperar a los oficiales en aquellos días de agitación militar.

Platoff le recibió en seguida.

Y Sabline le expuso sin rodeos el objeto de su visita. No quería ir al frente. No podía abandonar en aquellos momentos sus trabajos de

laboratorio, porque se hallaban en una fase sensacional.

Después le explicó detalladamente la utilidad del suero que estaba a punto de obtener y los obstáculos que había tenido que vencer para llegar a aquel dichoso fin.

El general le escuchaba atentamente. Era un hombre que no pasaba de los cuarenta años. Arrogante, de facciones correctas y viriles.

Le miraba fijamente, fijamente...

Cuando Sabline hubo terminado su discurso, se levantó, se acercó a él y le dijo:

—Con todo eso sólo me ha demostrado usted una cosa: que es un cobarde.

Sabline cerró los puños en un arrebato de ira y de su boca salió un grave insulto.

Platoff levantó el látigo que empuñaba, pero Boris, cada vez más cegado por la ira, se lo arrebató y golpeó con él el rostro del general.

El ayudante, que había seguido toda la escena desde una prudente distancia, corrió con ánimo de intervenir. Pero el príncipe se había vuelto ya hacia él con un gesto lleno de desprecio para el agresor, y dijo fríamente:

—Que encierren a este hombre.

Después salió del despacho.

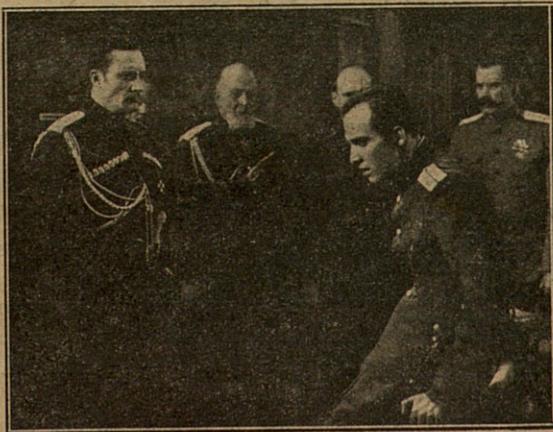
* * *

Fué encerrado en una celda de prisiones militares.

La noticia produjo sensación en aquella ciu-

dad que comenzaba a vaciarse porque legiones de soldados partían incesantemente hacia el cercano sector de guerra.

Sablina iba a ser fusilado. Aunque aun no se había reunido el Consejo de guerra, todos es-



—Que encierren a este hombre.

taban seguros de que el doctor pagaría su locura con la muerte.

María se sentía enferma a consecuencia de la impresión recibida al conocer el incidente. También ella sabía que Sablina sería condenado a muerte, y esta idea la enloquecía.

Era necesario obrar sin pérdida de tiempo, ha-

cer algo por la vida del esposo, hacer algo eficaz. Era preciso salvarle.

Y María se hacía estas afirmaciones tan enérgicamente, que sentía cierto alivio y cierta esperanza cada vez que se repetía:

—Lo salvaré, lo salvaré.

Y se dirigió a casa de Platoff. Él era el ofendido y él era el jefe supremo. El lo podía perdonar. Suplicaría, imploraría, se arrastraría a sus plantas. Dentro de aquel pecho tenía que haber un corazón y no podría menos de conmoverse ante el tono que ella pensaba emplear.

Pero fué inútil su intento. Esperó en vano en aquella antesala llena de gente. Como todos los días desde que comenzaran los bélicos preparativos, un oficial apareció en la puerta de la antesala para decir:

—El general no recibe a nadie.

III

Pero María no se desanimó por ello. En aquella empresa no cabía el desaliento. Era preciso salvar la vida del esposo y, además, había que obrar rápidamente, pues, según pudo averiguar, el generalísimo había partido ya hacia el sector de guerra.

—Pues iré al sector—se dijo resueltamente. Y emprendió en el acto el viaje.

Era de noche. En su departamento iban algunas damas de aspecto sospechoso. Especialmente una de ellas, la de más edad, y también la más voluminosa, tenía un aire descocado que no podía engañar a nadie. Iba espléndidamente alhajada y hacía ostentación de sus joyas. Sus vestidos eran riquísimos.

En su charla voluble, mezclada con risas un tanto estrepitosas, se deslizó el nombre del general Platoff y, desde aquel momento, María no perdió una sílaba de su charla.

Nombró al general, alabándose de que era cliente de su casa, y María comprendió dos cosas: que aquella mujer era dueña de un establecimiento nocturno y que el general Platoff, como a la mayoría de los militares de su país, le gustaba divertirse.

En su pensamiento comenzó a esbozarse en seguida un plan, cuyos primeros requisitos afrontaba momentos después.

Para ello trabó conversación con la dama y consiguió una tarjeta suya.

Se llama Aleixandra y tenía en el sector una casa de diversión que llevaba su nombre. En la tarjeta figuraban también las señas de esta casa.

De momento, María no dejó entrever su plan, pero apenas llegaron al sector y cuando ya Aleixandra se hallaba en su domicilio, se dirigió a él la joven.

Su propósito era visitar al general Platoff, pero estos planes habían cambiado a raíz de su conversación con la alegre dama.

Si el general acostumbraba visitar aquella casa y ella le esperaba allí, era evidente que le vería y podría hablar con él más detenidamente que en su despacho, donde había de serle muy difícil que la recibiera.

Madame Aleixandra la recibió en su habitación. Estaba arreglándose en aquel momento para figurar dignamente entre su distinguida clientela.

Reconoció en seguida a la compañera de ferrocarril.

—¡Tanto bueno por esta casa!—exclamó con la alegría del que huele un buen negocio.

María atacó el asunto sin rodeos.

—Madame Aleixandra, deseo quedarme aquí. La dama tuvo un gesto de sorpresa.

—¿Quedarse aquí?

—Sí, señora. Deseo quedarme en las mismas condiciones que las demás muchachas. ¿Acaso cree usted que no sirvo, que no tengo atractivos suficientes para su distinguida clientela?

Madame Aleixandra contuvo una exclamación elogiosa. María causaría sensación entre sus clientes por su belleza, su simpatía y su distinción. Pero el negocio es el negocio, y este pensamiento, que no se apartaba nunca de su mente, le dictó la respuesta.

—Entrar en esta casa es muy difícil, señorita. Son muchas las que lo tienen solicitado. Hay que guardar turno.

María abrió el bolso y extrajo un billete de mil francos.

—¿Será esto bastante para que me admita usted esta misma noche?

Los ojos codiciosos de madame Aleixandra se abrieron desmesuradamente.

—Esas son otras razones—dijo.

Y diez minutos después, todo estaba convenido. Madame Aleixandra presentaría a la joven como sobrina suya y le atribuiría el nombre de Carmen.

* * *

Los planes se habían llevado a cabo sin ninguna dificultad.

Ya estaba Carmen en el salón, ante una botella de champaña y en amable charla con dos militares. Uno de ellos era precisamente el ayudante del general Platoff.

No había acudido éste aquella noche, pero María ya tenía formado su plan de ataque para el día siguiente. Había oído decir al ayudante que, a la mañana siguiente, el príncipe se dirigiría a la ciudad en automóvil y todo lo tenía ya dispuesto para aprovechar esta oportunidad.

En efecto, cuando el auto del príncipe apareció en la carretera, en dirección contraria corría un coche que conducía a la esposa del conde a muerte.

María arrojó la piel y rogó al cochero que se la recogiera. Cuando éste se apeó, ella empuñó las riendas y fustigó furiosamente a los

caballos. Ya estaba el coche cerca del auto que venía en dirección contraria. Era el momento para dar cima al plan. María desvió rápidamente el coche hacia la cuneta y saltó fuera de él antes de que volcara. La farsa había sido peligrosa, pero todo había salido a pedir de boca.

María quedó tendida, inmóvil, al lado del camino. Se acercó el auto del príncipe. Al lado de éste iba su ayudante, conocido ya de la joven, y los dos se habían dado perfecta cuenta del accidente.

Sin embargo, ni un solo músculo de la cara del general Platoff había sufrido el menor movimiento. El ayudante le miraba sin atreverse a hacer alusión al accidente. El chófer tampoco se atrevía a detener el auto. Ya iban a pasar. Ya habían pasado.

De pronto se oyó la voz del general:

—¡Para!

Y el auto se detuvo en seco.

Entonces ordenó al ayudante:

—Vaya a ver qué le ha pasado. Tráigala.

Y continuó recostado en el muelle respaldo, con el cuerpo y el rostro rígidos.

El ayudante había reconocido a María y María le había reconocido a él.

Pero aquél se limitó a preguntarle si se había hecho daño.

—No. Gracias—contestó la joven—. Pueden ustedes seguir.

—El general desea verla, Venga usted.

Llegaron los dos hasta el auto. El general se dignó dirigir una mirada a María.

—¿Se ha hecho usted daño?

—No, excelencia. Me duele un poco el pie izquierdo, pero nada más.

El príncipe seguía mirándola. Era una mirada penetrante, escrutadora.

—Suba usted. La llevaremos a su casa.

María iba a esquivar la invitación, pero una segunda orden del general, rotunda y terminante, la obligó a obedecer.

El ayudante pasó al lado del conductor y María se sentó al lado del general.

Cada uno iba en un extremo del asiento, sin mirarse ni cruzar palabra.

De pronto preguntó el príncipe:

—¿Me tiene miedo?

—No. ¿Por qué?

—Como se aleja usted de mí...

—O usted de mí.

Y no volvieron a cruzar palabra en todo el camino.

María iba dando instrucciones al chofer. Por fin llegaron ante la casa de madame Aleixandra, y María exclamó:

—¡Aquí es!

El auto se detuvo. Bajó la joven. El príncipe miraba alternativamente a la casa de madame Aleixandra y a María.

—¿Aquí vive usted?

—Sí, excelencia.

—¿En esta... alegre casa?

—Sí, excelencia.

El general se echó a reír.

—¡Menudo chasco! ¿Por qué no nos avisó usted antes y nos habríamos evitado este ridículo?

Y dió orden al chofer de que se alejara.

IV

Cuando más animado estaba el salón, se oyó la voz del portero:

—¡Su excelencia el general Platoff!

Y se hizo en la sala un silencio solemne.

Madame Aleixandra temblaba de emoción y de alegría.

Entró el príncipe. Todos los militares se ponían en pie y le saludaban. El no contestaba a nadie. Se dirigió a un rincón de la sala, precisamente donde estaba María, y se sentó a su lado, en el diván.

Le preguntó si la lesión del pie se le había curado y ella contestó brevemente:

—Sí. Gracias.

Hubo una pausa. El príncipe pidió champaña. Llenó dos copas y se llevó una a los labios. La vació rápidamente y la volvió a dejar sobre la mesa. Entonces advirtió que la de María estaba intacta. Le contrarió en el fondo,

pero calló. No era cosa de dar excesiva importancia a los actos de una muchacha de cabaret.

María había llamado a una camarera.

Le dió la copa que para ella había llenado el príncipe y le ordenó:

—Llévesela al pianista.

El general no pudo contenerse.

—Una copa ofrecida por mí no se regala a nadie.

—Cuando se ofrece con tan poca delicadeza como usted me la ha ofrecido, no acostumbro aceptarla.

Nueva pausa.

—La verdad es—dijo por fin el general—que no es usted un ejemplo de alegría.

—¿Y usted?

Plotoff se levantó; comenzaban a molestarle las impertinencias de aquella muchacha que, al fin y al cabo, no era más que una alegre mariposa de cabaret.

Pero, sin que él mismo supiera por qué, rectificó.

—¿Quiere que demos una vuelta por el jardín?

—Con mucho gusto, excelencia. Precisamente quería hablar con usted sobre cierto asunto.

—Pues hasta ahora no he notado que quisiera usted hablarme de nada.

Salieron al jardín. Fueron un buen trecho silenciosos. María no se atrevía a atacar la importantísima cuestión por temor al fracaso.

De pronto, se presentó un oficial con un gran sobre que entregó al príncipe.

—Es urgente, excelencia.

El príncipe rasgó el sobre y extrajo el documento. Se trataba de una petición de indulto por parte de todas las Universidades del país en favor del teniente Sabline, ilustre químico.

Con una sonrisa de indiferencia se lo entregó a María, que lo leyó con emoción.

Después lo rompió en mil pedazos.

Y a la joven le pareció que era su corazón lo que el general había despedazado.

—Siento no poder seguir acompañándole, excelencia—dijo fríamente—. Mi deber está en el salón y no aquí.

Y antes de que Platoff le pudiera contestar, se dirigió a la puerta y desapareció umbral adentro.

* * *

Al día siguiente, María recibió un ramo de flores del general. Y con él una tarjeta en que la invitaba a cenar.

María le llamó por teléfono inmediatamente. Se enteró de que Platoff estaba en la ciudad y volvió a rodar el disco, esta vez poniendo el número del palacio del príncipe.

Logró comunicar con él en seguida.

—Muchas gracias por las flores. No creí que

después de lo ocurrido anoche tuviera usted conmigo esta amabilidad.

—En efecto, los hombres somos bastante inconsecuentes en las cuestiones sentimentales. ¿Ha leído usted la tarjeta que he colocado entre las flores?

María vaciló un momento. Después mintió:

—No, excelencia.

—Pues en ella le invitaba a cenar esta noche conmigo.

—¿Dónde?

—¿Dónde ha de ser? Aquí, en mi palacio.

Una pausa, que el príncipe atribuyó a la emoción, y contestó María:

—Será para mí un honor, excelencia.

V

Antes de ir al palacio del príncipe fué a visitar a Boris.

Este se mostró muy sorprendido al verla entrar en la celda.

—¿A qué has venido?

—Comprenderás mi deseo de verte en estos momentos.

—Es precisamente cuando no nos podemos ver—repuso Sabline con amargura—. ¿No comprendes que con ello sólo hemos de lograr aumentar nuestra pena?

—Es que tengo esperanzas de conseguir tu indulto.

El la miró con sorpresa.

Alguna negra idea pasó por su mente.

—Oye bien lo que voy a decirte, María. No quiero que pidas a nadie mi indulto. No quiero



—No quiero que pidas a nadie mi indulto.

que me humilles ni te humilles ante nadie. Vuélve en seguida a casa y espera allí los acontecimientos.

María salió de la celda después de una heroica despedida en que apenas derramó una lágrima.

No obedeció a su esposo, sino que se dirigió al palacio del príncipe.

Este la recibió como si se tratara de una princesa.

Cenaron en el comedor de gala, entre un lujo fastuoso. En la habitación contigua, separada del comedor sólo por grandes cortinas de encajes, tocaba un sexteto, y varios criados entraban y salían con botellas de vinos exquisitos y con bandejas de plata donde humeaban los manjares más selectos.

Brindaron. Hablaron. El príncipe no ocultaba ya la adoración que sentía hacia aquella excepcional criatura.

Terminada la cena, cuando ella se arreglaba para marcharse, el general se acercó a ella y le preguntó amablemente:

—Anoche dijo usted que tenía que consultarme algo y no lo hizo. ¿Recuerda?

—Recuerdo, sí. Pero ya no es necesario que se lo diga.

—¿Por qué?

—Porque han cambiado las cosas.

—Me tiene usted intrigado. Le agradeceré que se confíe usted a mí.

—No, no es necesario.

Entonces el general recurrió a un procedimiento que no solía fallarle.

Ordenó enérgicamente:

—¡Dígalo usted! ¡Se lo mando!

María bajó la cabeza.

—Bien. Puesto que usted lo quiere... Sepa usted que soy la esposa del teniente Sabline.



Brindaron.

Un movimiento de sorpresa por parte del general.

—¿Usted?

Después, reaccionando y dominándose, sonrió:

—¡Tiene gracia! Y yo que casi había llegado a enamorarme...

Y añadió con franco despecho:

—Una coqueta y un cobarde. Tal para cual. Llamó a un criado para que acompañara a María y salió del comedor.

* * *

A las seis de la mañana sería fusilado.

María miraba el reloj con infinita angustia. Estaba en su hogar solitario. Y aquella soledad le parecía mucho más espantosa ante el drama que se avecinaba.

En su celda paseaba Sabline nerviosamente. Y en su despacho trabajaba el general Platoff.

No había dormido en toda la noche. Tenía muchos asuntos y muy graves que resolver. Además, se hallaba también en un indefinible estado de ánimo.

Entró su ayudante.

—Sólo se esperan sus órdenes para hacer los preparativos.

—¿Qué preparativos?

—Los del fusilamiento.

Quedó perplejo el general. Ya no se acordaba de Sabline.

Dijo de pronto:

—Espere. No hay fusilamiento.

Escribió rápidamente un papel y lo entregó a su ayudante. Con esto quedará Sabline en libertad. Envíelo usted al frente.

El ayudante saludó. Ya iba a salir, cuando el general lo detuvo.

—Espere. Vaya también a casa de la señora de Sabline y que salga de la ciudad inmediatamente. Llévase la usted bien lejos.

El ayudante cumplió inmediatamente las órdenes. Y aquella misma mañana Sabline salió en dirección de la línea de combate, y María, acompañada del ayudante, tomaba el tren.

* * *

El teniente Sabline estaba pensativo. No parecía distraerle de su preocupación el retumbar de los cañones ni el tableteo de las ametralladoras. El capitán íntimo amigo suyo y antiguo discípulo se acercó a él.

—No parece que te haya hecho mucha gracia el que te hayan devuelto la vida.

—En efecto. Sé que mi mujer ha intervenido. Pero quisiera saber acerca de quién.

—¿Para qué?

—Para demostrarle que prefiero morir con orgullo a vivir humillado.

En este momento se oyeron voces que anunciaban la llegada del general.

Sabline, que se hallaba en el refugio subterráneo de los oficiales, sacó el revólver y lo dejó sobre la cama.

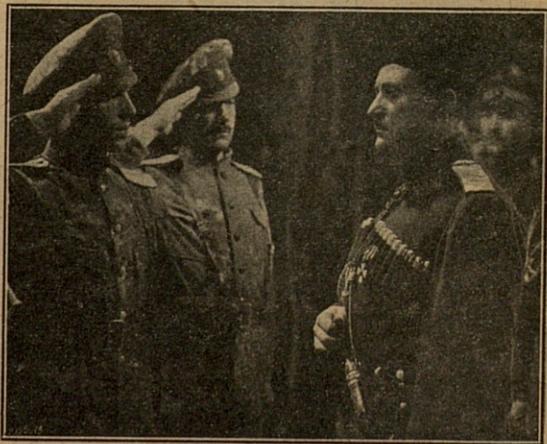
El capitán había advertido este movimiento y restituyó el arma a la funda de cuero, ajustando y abrochando bien la tapa.

Entró en este momento el general.

Todos se cuadraron.

El general comenzó a dar órdenes. El fuego era intensísimo. Había que oponer un freno para que no se entusiasmara el enemigo demasiado.

—Intenso fuego de fusilería durante media hora. Después daré nuevas órdenes.



—Intenso fuego de fusilería durante media hora.

Y despidió a los oficiales con un gesto. Sabline iba a salir con todos, pero el príncipe lo detuvo.

—Usted quédese. Hemos de hablar.
Y cuando estuvieron solos, dijo:

—Supongo que me estará usted agradecido.

—Nada de eso, excelencia.

—¿Por qué?

—Porque sé que la libertad se la debo a mi esposa y sospecho el pago que habrá recibido quien me ha concedido el perdón. Si usted fuera tan amable que me dijera quién ha intercedido entre mi esposa y usted.

El general repuso francamente:

—Nadie. La petición ha sido directa.

Lo que siguió fué rapidísimo. Sabline echó mano del revólver y disparó, al mismo tiempo que el general se abalanzaba sobre él y le sujetaba por la muñeca.

La bala se incrustó en el antebrazo de Plattoff. Irrumpieron inmediatamente varios oficiales que se abalanzaron sobre Sabline. Y todos quedaron asombrados al oír que el general decía:

—Soltadlo. Ordeno que no se le haga absolutamente nada. Este hombre no tiene carácter para permanecer en las trincheras. Le falta serenidad.

Y dirigiéndose a Sabline:

—Está usted libre para volver a su laboratorio cuando quiera.

* * *

Ya estaba Sabline en el laboratorio. La puerta se había abierto y apareció María.

Sabline la confundió con una mirada de desprecio.

—¿A qué has venido? No quiero que vuelvas a poner los pies en esta casa.

—Precisamente era eso lo que quería saber: que habíamos terminado. Ya sabes que no me casé contigo por amor. Después tampoco conseguí amarte. Tu vida me preocupaba porque, como siempre, sentía hacia ti un hondo afecto de camarada. Ahora ni eso siquiera. Me has desilusionado. Voy en busca del hombre que ha conseguido despertar mi corazón.

Se pusieron rápidamente de acuerdo para el asunto del divorcio, y María fué en busca del general.

Fué en busca de él para confesarle que le amaba como él la amaba a ella.

Fué a él porque estaba segura de que había de hacerle dichosa.

Y el príncipe la recibió con los brazos y el corazón abiertos.

Y así como con Sabline había concertado los trámites del divorcio, con el príncipe fijó los matrimoniales, durante una segunda cena en la que el amor se desbordó con el champaña.

F I N

Acaba de aparecer, con extraordinario éxito, en las selectas **Ediciones Especiales**, de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA, la edición popular de la sensacional novela

El demonio y la carne

Creación de GRETA GARBO, John Gilbert
y Lars Hanson

ESTA SEMANA, otro formidable éxito de
GRETA GARBO:

La dama misteriosa

Novela que apasiona y que nadie dejará de leer.

Precio: **1 peseta**

16 ilustraciones interiores.

Comprar una vez

EL SOBRE SEMANAL

es ser comprador constante

Cada sobre contiene una novela de cine completa, completamente nueva y con su correspondiente postal.

Los mejores asuntos · Los mejores artistas.

Las mejores narraciones.

Precio: **15 cts.**

¡MUCHACHOS! Vuestra publicación es

AVENTURAS

FILM

Publica cada semana un asunto de emoción, por los mejores artistas de vuestra predilección. Lectura sana · Asuntos morales · Lujosa presentación.

Precio: 15 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
